

LA TEORÍA DEL DERRAME FRENTE A LA VISIÓN PSEUDO KEYNESIANA: UN DEBATE INTERMINABLE PARA LA ECONOMÍA Y LA CULTURA ARGENTINA*

THEORY OF SPILL OVER FROM PSEUDO KEYNESIAN VISION: ENDLESS DEBATE FOR ARGENTINE ECONOMY AND CULTURE

*Daniel Gattás***

Resumen: El trabajo se ocupa de los debates de la Economía desde el siglo XVIII, aún no saldados y en vigor, muchos de ellos de fuerte tinte ideológico y político y su influencia en la política argentina.

Palabras-clave: Teorías económicas - Visión keynesiana - Política económica argentina.

Abstract: The work deals with the great debates of the economy since the eighteenth century, not yet overcome and in full force, many of them with strong ideological and political burden and its influence on the Argentine politics.

Keywords: Economic theories - Keynesian vision - Argentine economic policy.

Es bastante lógico comprender, que a pesar de los vertiginosos progresos en los análisis económicos dirigidos a explorar el impacto que tiene sobre la sociedad la utilización de determinados instrumentos que nos brinda la Teoría Económica, los resultados de los mismos no tienen la precisión quirúrgica de una ciencia “dura”, simplemente porque la Economía, como toda ciencia social, se ocupa de observar la conducta de seres humanos que tienen valoraciones, gustos y necesidades diferentes. Por ende, y si bien no hay una respuesta absoluta y definitiva ante preguntas puntuales, sí aparece como razonable que las políticas económicas que llevan adelante los diferentes gobiernos, y más allá de la impronta ideológica de cada uno de ellos, logren puntos de encuentro que permitan mejorar la vida de los habitantes de un país. Es lo que usualmente se conocen como políticas de Estado, y que tanto reclama la sociedad.

*Trabajo recibido el 2 de septiembre de 2016 y aprobado para su publicación el 22 del mismo mes y año.

**Doctor en Ciencia Política, Profesor Titular de grado y posgrado en la Facultad de Derecho de la UNC y en la Facultad de Ciencia Política y RRII de la Universidad Católica de Córdoba. Director del Departamento de Estudios Básicos de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Autor de una serie de libros, entre los que se destacan “¿Cómo funciona la Economía?”, “Evolución del Pensamiento y el Análisis económico”, “Memorias Presidenciales” y “Presidentes Argentinos”. Premio UGARIT a la labor institucional.

La Economía tiene aún en la actualidad una serie de debates pendientes, los cuales no han sido saldados a pesar de los enormes avances que ha tenido su marco teórico, particularmente desde finales del siglo XVIII, época en la cual fue asumiendo lentamente su autonomía como ciencia. Muchos de ellos tienen un fuerte tinte ideológico y político, lo que lamentablemente para la comunidad hace irreconciliable las diferentes posiciones, pero otros debates tienen que ver con las pautas culturales de cada sociedad, y es indispensable ponerlos sobre la mesa de discusión para intentar lograr avances que sean significativos, sinceros, y fundamentalmente útiles.

Uno de los debates más resonantes, y sobre el que ha girado la política económica de los últimos 80 años, tiene que ver con la disputa dialéctica y académica entre clásicos y keynesianos; este hecho comienza pública y explícitamente a partir de 1936, cuando fue publicada la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes, y a partir de allí los enfrentamientos han repartido capítulos ganadores para ambos bandos. En algunas etapas de ese período se sintieron triunfadores los clásicos, quienes siguen aún hoy convencidos del efecto derrame que produce la economía en las distintas capas sociales cuando el Estado tiene un papel secundario que no entorpece la actividad y la iniciativa privada, y en otras los que se creyeron vencedores fueron los keynesianos, que están persuadidos que la mejor salida que tienen los procesos recesivos y el desempleo es por medio de un efecto multiplicador, el cual se inicia a partir de la intervención de un Estado que foguea el crecimiento de la demanda agregada a través del incremento del gasto público.

Es interesante recordar que la teoría del derrame fue el núcleo de la política económica de las décadas de los 80 y 90 del siglo pasado en muchos países, dentro de los cuales estaba Argentina, donde por esa época se imaginaba que la “mano invisible” de Adam Smith transformaría, mediante una curiosa y mágica alquimia, los beneficios y los éxitos individuales de cada ciudadano en beneficios para toda la comunidad. Claro que para alcanzar ese paraíso tan promocionado en el hemisferio norte, había que cumplir con los polémicos diez “mandamientos” del Consenso de Washington, término acuñado por el economista británico John Williamson (1); recordemos algunos de ellos, disciplina fiscal (el Estado no debe gastar más de lo que le ingresa), tasas de interés positivas (las tasas de interés nominales deben estar por encima de la inflación vigente), liberalización del comercio internacional (hay que reducir los aranceles a la importación para generar rebajas en los precios internos e incrementar la competencia con los bienes de origen nacional), privatizaciones de empresas del Estado (evitar el déficit de las empresas públicas que son responsables de buena parte del déficit público), eliminación de subsidios (particularmente aquellos dirigidos a la oferta, que provocan focos de corrupción en algunos sectores empresarios que los reciben) y desregulación (desarmar la maraña de leyes confusas y contradictorias que impiden la libre negociación entre los agentes económicos).

Según esta visión, y usando una analogía comprensible, para la “teoría del derrame” es como si una copa se colmara con exquisita bebida espumante, y luego de rebasar su

(1) Hereford, Inglaterra, 7 de junio de 1937.

borde, comenzara a “derramar” para que todos, particularmente aquellos que nunca han podido probarla, puedan catar el gusto de al menos un sorbo de ella; claro que para que eso suceda, los que sostienen la copa como propia, generalmente sectores vinculados a los capitales concentrados, debían mostrar frente a la sociedad una actitud generosa y responsable, compartiendo al menos una parte del trago. Sin dudas que esa conducta magnánima es difícil de lograr.

Antes de reflexionar sobre los resultados de la teoría del derrame en nuestro país, hay que decir que la misma constituye una versión moderna del pensamiento del escocés Adam Smith, uno de los fundadores de la escuela clásica. Sus obras principales, *Teoría de los Sentimientos Morales* (1759), y especialmente *Naturaleza y Causas de las Riquezas de las Naciones* (1776), se constituyeron en verdaderos *best seller* del siglo XVIII, con record de ventas.

Adam Smith nació en 1723 en una pequeña aldea de pescadores llamada Kirkcaldy, muy cerca de Edimburgo, capital de Escocia, caracterizada por su riqueza ictícola, algo de agricultura y una mínima actividad fabril; ésta última, representada casi exclusivamente por una fábrica de alfileres, fue la circunstancia fortuita que le serviría para dar un ejemplo claro sobre la importancia que tenía la división del trabajo para mejorar la productividad. En 1751 fue convocado por la Universidad de Glasgow para hacerse cargo inicialmente de la cátedra de Lógica, y luego de Filosofía Moral, destacándose como un extraordinario docente que recibía alumnos de otras partes del mundo que venían atraídos por su creciente prestigio (2). A estos últimos cargos los ejerció por doce años, período que luego describiría como el “*más útil, feliz y honorable*” de su vida.

Los hombres, según Smith, “*son llevados por una mano invisible a producir casi la misma distribución de las cosas necesarias en la vida que la que hubiera resultado si la tierra hubiera sido dividida en partes iguales entre todos sus habitantes, y de este modo sin habérselo propuesto, sin saberlo, fomentan los intereses de la sociedad, y proveen de los medios para la multiplicación de la especie*” (3). Es decir que su reflexión presupone que los seres humanos tienen una naturaleza de la que surgen sentimientos y actitudes difíciles de modificar, y si bien no plantea como el inglés Tomás Hobbes (4) que “*el hombre es el lobo del hombre*”, coincide en buena medida con el autor del Leviatán en relación a las razones que hicieron que el hombre pasara obligatoriamente de un estado natural a un estado positivo donde reina la ley. Hay que recordar que, según Mr. Hobbes y muchos de los discípulos que a él le siguieron, el hombre se ve impulsado a refugiarse en la sociedad, no por ningún amor natural hacia sus semejantes, sino porque, faltándole la colaboración de los otros, es incapaz de subsistir holgadamente y al abrigo de todo peligro. Por este motivo, la sociedad se convierte en una necesidad indispensable para el hombre.

(2) Se comentaba que el propio Voltaire le enviaba alumnos desde Francia.

(3) SMITH, A. (1759), *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Reed. Fondo de Cultura Económica, México, Part IV, p. 350.

(4) HOBBS, Th. (1588-1679), relevante filósofo y partidario del absolutismo político.

En esa misma sintonía, Smith insiste sobre la obligación que la armonía se mantenga y no sea obstruida por una intervención dirigista por parte del Estado: *“la sociedad humana, considerada desde cierto punto de vista abstracto y filosófico, se nos presenta como una inmensa máquina cuyos ordenados y armoniosos movimientos producen innúmeros efectos agradables. Y así como en cualquier otra bella y noble máquina producida por el arte humano, de todo aquello que propendiese a facilitar sus movimientos haciéndolos parejos y fáciles derivaría cierta belleza a causa de ese efecto, y, por lo contrario, todo aquello que propendiese a obstruccionarlos desagradaría por ese mismo motivo; así la virtud, que, como quien dice, es el fino acabado del engranaje social, forzosamente agrada, mientras que el vicio, cual vil orín que lo hace trepidar y rechinar, necesariamente ofende”* (5).

Para Smith, el incentivo principal de la actividad económica es que los seres humanos quieren alcanzar su bienestar individual y, en este esfuerzo, son guiados por una mano invisible (6) que le permite alcanzar un objetivo superior que no estaba en sus planes: el bien común. El esfuerzo del hombre por mejorar su condición personal y, a través de él, alcanzar el bienestar de toda la comunidad, es el gran motivador de la actividad económica. Este impulso lleva al hombre a producir los bienes que la sociedad necesita, y *“no es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Sólo el mendigo depende principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos”* (7). Más claro y categórico en sus ideas, imposible.

Hay que reconocer que este combo de ideas liberales fue claramente exitoso en algunos países con culturas muy diferentes a la nuestra, por caso Estados Unidos, Inglaterra o Canadá; no es casualidad que la independencia norteamericana se haya producido en 1776, el mismo año de la publicación de *La Riquezas de las Naciones*, ya que eran épocas en las que circulaban en el mundo vientos de libertad, razón también válida para contextualizar el pensamiento de Smith en la época en que le tocó vivir, ya que el mismo seguramente fue producto de circunstancias históricas, económicas y sociales particulares. Parafraseando al español José Ortega y Gasset en su *Meditaciones del Quijote*, *“yo soy yo y mi circunstancia”* (8).

Mientras tanto nuestro país, se ha acostumbrado en los últimos 70 años a los desequilibrios fiscales, al empleo improductivo en empresas del Estado, a los procesos

(5) SMITH, A. (1759), *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Capítulo 2, Reed. Fondo de Cultura Económica, México, p. 117.

(6) Es importante consignar que la expresión “mano invisible” no debe interpretarse como un planteo místico, sino como una metáfora que le permitió a Smith expresar sus ideas.

(7) SMITH, A. (1776), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Reed. Fondo de Cultura Económica, p. 17.

(8) ORTEGA Y GASET J., *Meditaciones del Quijote*, Madrid, 1914. Obtenible en versión digital en <http://www.mercaba.org/SANLUIS/Filosofia/autores/Contempor%C3%A1nea/Ortega%20y%20Gasset/Meditaciones%20del%20Quijote.pdf>.

inflacionarios recurrentes, a los subsidios desmesurados y sin controles, al exceso de regulaciones y a las tasas de interés negativas (por debajo de los índices de inflación), luego de la ilusión inicial de estabilidad y crecimiento producidos por la Ley Convertibilidad, sancionada el 27 de marzo de 1991 (9). La propia inflexibilidad de la paridad uno a uno terminó sumando un nuevo fracaso de política económica que desembocó en la tremenda crisis de 2001, con su profunda secuela institucional, y sus derivaciones en los niveles de pobreza, desempleo y angustia. Nuevamente Argentina se daba de bruces con la realidad, y quedaba demostrado que es muy difícil poner en marcha un esquema de estas características en un país acostumbrado a una visión excesivamente paternalista del Estado, o lo que sería lo mismo, a una visión populista de la política económica disfrazada de “keynesianismo vernáculo”.

Ahora bien, ¿quién fue Lord Keynes? La gran depresión de 1929, que provocó una enorme recesión y una fuerte caída de los precios en Estados Unidos, fue el caldo de cultivo más importante para la aparición de nuevas ideas. La economía norteamericana estaba abatida y el ingreso nacional se encontraba muy concentrado en pocas manos. El producto bruto del país del norte había caído de 103 mil millones en 1929 a 55 mil millones en 1933, mientras que el desempleo creció de 1.500.000 de personas a 14.000.000 en el mismo período. Por efecto cadena, esta grave situación se extendió a todas las economías occidentales, incluso a aquellas que no tenían una estrecha vinculación con Estados Unidos, y las consecuencias eran impredecibles a corto y a mediano plazo. Por su parte, la ortodoxia clásica, generada a partir del pensamiento de Smith, no podía explicar ni dar soluciones a la nueva situación de la economía mundial, y la “ley de los mercados” elaborada por el francés Juan Bautista Say (toda oferta crea su propia demanda), que sostenía que la economía encontraba su equilibrio en el pleno empleo, y que éste, a su vez, sustentaba una demanda que permitía enfrentar toda la oferta disponible, comenzaba a derrumbarse ante las dudas y vacilaciones de los teóricos de la época que aún mantenían su confianza en los mecanismos auto reguladores del esquema liberal.

Dentro de este difícil contexto histórico irrumpe con gran fuerza la obra del inglés John Maynard Keynes (1883-1946), quien se constituyó en el más importante e influyente economista del siglo XX. El futuro Lord fue un hombre de vastísima cultura, de prosa relativamente llana y preocupado no sólo por los asuntos económicos, sino también por la política práctica y los negocios; de hecho, pudo consolidar una posición económica personal muy sólida lo que le dio la tranquilidad necesaria para fomentar un pensamiento creativo, y a partir de sus exposiciones públicas, se produce un cambio sustancial en la visión económica que regía hasta entonces.

Tras la finalización de la primera guerra mundial, Keynes fue uno de los representantes de Inglaterra en la Conferencia de París de 1919, y con coraje y responsabilidad cuestionó las compensaciones económicas impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, lo que fue expuesto en detalle por él en su libro “*Las consecuencias económicas*

(9) Ley 23928.

de la paz" (10). Allí, Keynes estimaba, con gran visión de futuro, que las imposiciones en contra del pueblo germano eran imposibles de cumplir y que eran fruto de la venganza; esto, según su mirada, le traería muchos problemas al mundo entero, y es justamente en ese libro donde expresa las razones por las cuales renunciaba a su cargo, cuando sostuvo "(...) se hizo evidente que no se podía mantener por más tiempo la esperanza de una modificación substancial de los términos de la paz proyectados" (11). El paso del tiempo se encargaría de demostrar que sus advertencias iban en la dirección correcta, ya que la profunda crisis que Versalles le ocasionó a la economía alemana facilitaría la aparición del nazismo y los desgraciados sucesos acaecidos en la segunda guerra mundial.

En 1936 Keynes publica su obra principal, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero* (12), que se constituyó en otro *best seller* para la época, generándose a partir de allí una fuerte disputa en el campo económico, que tal como relataba al comienzo, hoy sigue latente entre quienes comparten sus teorías y sus detractores. El propio Keynes en el capítulo I de su obra máxima explica la razón por la cual recalcó el sufijo "General"; deseaba "...que el título sirva para contrastar mis argumentos y conclusiones con lo de la teoría clásica, en que me eduqué y que domina el pensamiento económico, tanto práctico como teórico, de los académicos y gobernantes de esta generación igual que lo ha dominado durante los últimos cien años" (13).

Para Keynes, a diferencia de la escuela clásica (14), la economía no encuentra su equilibrio en el pleno empleo; incluso puede existir un equilibrio con paro económico, producido por escasez de demanda (a su pensamiento se suele conocer como "teoría de la demanda insuficiente). Ante esta situación, el Estado debe tomar medidas para incentivar la demanda incrementando el gasto público, aun recurriendo al déficit presupuestario de ser necesario. Como las fluctuaciones a corto plazo de la producción, la ocupación y la utilización de la capacidad productiva se corresponden fundamentalmente con las fluctuaciones de la demanda agregada de bienes y servicios, las políticas monetarias y fiscales eran para él medios más poderosos que tiene el Estado para reactivar la economía y salir de las crisis.

Para que este tipo de políticas consigan un efecto importante, había que tener en cuenta la "propensión al consumo" (porcentaje del ingreso disponible que se destina al consumo) de los potenciales beneficiarios de estas medidas. La propensión al consumo es "*la relación funcional entre un nivel de ingreso dado, medido en unidades de*

(10) KEYNES, J. M. (1919) [2009], *Las consecuencias económicas de la paz*, Editorial Crítica. Barcelona, 1919, obtenible en formato digital en <https://archive.org/.../KeynesLasConsecuenciasEconomicas-DeLaPaz/Keynes>.

(11) Ídem, Prefacio.

(12) KEYNES, J. M. (1936) [1965] [2005], *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, obtenible en formato digital en <http://www.listinet.com/bibliografia-comuna/Cdu332-38FB.pdf>.

(13) Ídem, p. 15.

(14) En Keynes, la denominación "clásicos" tiene un significado especial.

salario, y el gasto que para el consumo se toma de dicho nivel de ingreso” (15). Debido a que la deficiencia de demanda efectiva genera desempleo involuntario, es el Estado quien debe surgir como el agente encargado de lograr, mediante el incremento del gasto público, un impulso a la demanda efectiva que permita aumentar el nivel del producto y del empleo. Para decirlo de una manera más simple, según su mirada, había que poner dinero en el bolsillo de aquel sector de la población que estaba dispuesto a destinar un porcentaje importante del mismo al consumo, para de allí en más generar un efecto multiplicador en la economía.

Keynes demuestra al extremo sus convicciones cuando expresa sus ideas a través de un burdo pero eficaz ejemplo: *“Si la tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del laissez-faire, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes (...), no se necesitaría que hubiera más desocupación y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada” (16).*

Pero para que este tipo de trabajo improductivo, que se deduce del ejemplo anterior, maximice el objetivo de reactivar la economía, el aumento del gasto público debía tener como destinatario final a los sectores más carenciados, o lo que es lo mismo, a quienes poseían una elevada propensión marginal al consumo (17), de modo de garantizar un incremento en la demanda, en la producción y en la contratación de nuevos factores de la producción. A este mecanismo lo llama efecto *multiplicador*, que indica que, ante un aumento del gasto o de la inversión pública, el ingreso nacional aumentará de una manera más que proporcional al mismo.

Esta nueva visión, que fue incorporando adeptos en todas partes del mundo, se incubó al amparo de la depresión y el desempleo, que según ellos era a causa de las políticas liberales. En realidad, Keynes no pretendía poner en duda el sistema capitalista, sino más bien liberarlo de sus males, lo que a criterio de Karl Marx (18) era imposible. Y ya que mencionamos al fundador del colectivismo, es interesante destacar que otra de las razones por las cuales tuvo tanto éxito la difusión de las ideas keynesianas en Estados Unidos, fue que las propuestas del marxismo eran bien vistas por los nóveles economistas de Harvard, lo que era preocupante para el posicionamiento ideológico del gobierno norteamericano; por ende, la irrupción del keynesianismo, le resultó muy funcional, ya que esta nueva mirada ponía un límite a las posiciones radicalizadas que cuestionaban las injusticias del capitalismo.

(15) KEYNES, J. M. (1936) [1965], ob. cit., p. 88.

(16) KEYNES, J. M. (1936) [1965], ob. cit., p. 121.

(17) Porcentaje de un ingreso adicional que se destina al consumo.

(18) Karl Marx nació en Tréveris (Prusia) en 1818 y falleció en Inglaterra en 1883.

No está de más decir que las políticas keynesianas puestas en marcha en Estados Unidos por el prestigioso presidente Franklin Delano Roosevelt, programa que se desarrolló entre 1933 y 1938, tuvo como objetivo sostener económicamente a las capas más pobres de la población, reformular los mercados financieros y redinamizar la economía; este programa, conocido como el “*New Deal*” (política del nuevo trato), no sólo sacó al país de la crisis producida por el crac del 29, sino que relanzó al país como la primera potencia mundial, tanto en el campo militar como económico.

En el caso de Argentina, a partir de 1946, con el arribo de Perón al poder, las políticas pseudo keynesianas fueron una constante, más allá de la ideología del gobierno de turno, lo que terminó desembocando en procesos inflacionarios crónicos que provocaron la pérdida de 13 ceros en nuestra moneda, particularmente en los últimos 30 años. La politización de la economía, traducida en conductas populistas, terminó mercantilizando y desprestigiando a la política.

Algo muy parecido sucedió en Latinoamérica. Las políticas keynesianas sedujeron a los gobernantes de los países de la región, donde se entremezclaban deseos de resolver las demandas sociales y satisfacer sus intereses políticos de eternizarse en el poder. Sin embargo, los incrementos exponenciales del gasto público terminaron desatando procesos inflacionarios crónicos, financiados con toma de deuda que hipotecaba el futuro, o con emisión espuria de dinero que depreciaba día a día el valor de la moneda.

Todo esto se vincula con otra polémica, que merecería otra nota en el futuro, ligada al grado de independencia que debe tener el Banco Central, algo que todavía no está resuelto en nuestro país. Sin dudas que la máxima autoridad monetaria tiene que trabajar en línea con las políticas económicas del país, pero de allí a tener una dependencia absoluta del gobierno de turno hay un largo trecho.

De todas maneras, y para ser lo más preciso y honesto con el desarrollo de nuestra historia, en los espasmódicos movimientos de la economía y la política argentina, hubo épocas en las cuales el péndulo se movía violentamente de un extremo a otro; se privatizaba lo que estaba estatizado o se estatizaba lo privatizado, se desregulaba lo regulado o se regulaba lo desregulado, se intervenía los mercados que funcionaban con libertad o se liberaban los mercados intervenidos, se atrasaba un tipo de cambio competitivo con el objetivo que se vuelquen la oferta de bienes de exportación al mercado interno o se apreciaba el tipo de cambio para favorecer a los exportadores y mejorar el ingreso de divisas; y en muchos casos, se fueron generando estos procesos con el respaldo de muchos adherentes fanáticos, aunque es justo reconocer que en la mayoría de los casos los militantes lo hacían de buena fe, creyendo en los diferentes relatos. En definitiva, se pasaba sin pausa y con prisa de un Estado elefantiásico e inmanejable para sus propios creadores, a un Estado mínimo con incapacidad para regular la actividad económica y mejorar la injusta distribución del ingreso.

Los extremos, ¡siempre los extremos! Los resultados, ¡siempre los mismos resultados! Parece muy difícil para nuestro país encontrar puntos medios, donde reine la

razonabilidad y se acuerden políticas prospectivas (19) de mediano y largo plazo; parece muy difícil para el ciudadano común prever el futuro dejando a un lado las cuestiones coyunturales; parece muy difícil evitar que las emociones de los argentinos se muevan violentamente de un extremo a otro, del optimismo al pesimismo y a la inversa; parece muy difícil repasar la historia y no repetir los mismos errores.

Hablando de errores y cambios de conducta, cuenta el biólogo Humberto Maturana (20) que una de las paredes de su laboratorio expone la Declaración de Derechos Humanos de Naciones Unidas, cuyo espíritu apunta a una convivencia pacífica entre los seres humanos, en el marco del respeto mutuo entre iguales. Todo ello pese a que, en este mundo injusto y violento, y en algunos casos bajo el paraguas de la propia Naciones Unidas, algunos parecen más iguales que otros.

Es el propio Maturana quien aconseja agregar, de acuerdo a su propia escala de valores, dos derechos a los 30 ya consignados: el “de equivocarse” y el “de cambiar de opinión”. La sugerencia de incorporar estos nuevos derechos amerita una reflexión. Frente a los avances de las comunicaciones y el crecimiento geométrico de las redes sociales, donde para la mayoría se hace imposible resistir archivos del pasado, los derechos a “equivocarse” y a “cambiar de opinión” adquieren una relevancia significativa para el futuro de la humanidad y, en especial, de nuestro país, donde reina la omnipotencia de la certeza, que tanto daño nos ha causado.

Creer que uno nunca se equivoca puede tener sólo dos etiologías. Una, la estupidez humana, situación muy común donde pululan fanáticos y obsecuentes. Dos, el autoritarismo, que toma como un signo de debilidad reconocer errores, lo cual también denota un elevado grado de estupidez y fanatismo.

Si no se dispone del derecho a equivocarse y a cambiar de opinión, no hay manera de corregir errores, simplemente porque no se los admite como tales.

Como se ve, ambas razones convergen en el principal problema que enfrenta parte de nuestra sociedad: la estupidez, la cual no debe confundirse con ignorancia. Esta última es mucho más justificable para cualquier sociedad, pues tiene su origen en la carencia de información y conocimientos. En cambio, la estupidez -que etimológicamente implica un estado de aturdimiento- significa un uso reiterado de medidas incorrectas y de criterios ya probados, lo que permite aumentar las probabilidades de equivocarse, aunque cada vez con más éxito.

El segundo derecho -el de “cambiar de opinión”- es más delicado todavía, pues puede ser utilizado de modo abusivo, y por ende afectado en su espíritu, por quienes cambian de opinión por conveniencia y no por la vía de la reflexión y buscando crecimiento personal. Pese a este riesgo, vale la pena intentarlo. Vivimos en un mundo vetusto que nos exige pensar siempre igual, pero es de lúcidos asumir que una persona

(19) Prospectiva: ciencia que se dedica al estudio de las causas técnicas, científicas, económicas y sociales que aceleran la evolución del mundo moderno, y la previsión de las situaciones que podrían derivarse de sus influencias.

(20) Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1928.

no tiene semejante obligación. Decía el viejo poeta: “contradecirse con uno mismo está reservado sólo para mentes esclarecidas”.

Es razonable que en el pasado hayamos expresado ideas que aún hoy nos reconfortan, y también otras que nos avergüenzan; a estas últimas hay que cambiarlas. También hay palabras que no hubiéramos querido decir jamás, pero asumir que fueron equivocadas o que fueron señaladas en un contexto histórico y cultural diferente, es lo que permite cambiar una opinión cuando detrás de ello subyace una convicción. Por el contrario, si mantener siempre la misma opinión se nos impone como un mandato, ¿cómo expresaríamos una nueva idea? ¿Cómo aceptaríamos el error? ¿Cómo evolucionaríamos como país?

Los argentinos venimos equivocando el camino desde hace mucho tiempo, con crisis recurrentes causadas por la repetición de los mismos errores, y nos cuesta reconocer y asumir que es necesario cambiar para lograr resultados diferentes. Examinar el error, cambiar de opinión sobre la manera de enfrentar una problemática compleja, es comenzar a transitar el camino de la solución. No es garantía de éxito, pero permite plantarse ante las dificultades con otro espíritu y con más esperanza. Es una obligación para todas aquellas personas de buena voluntad que desean un país diferente para las próximas generaciones.